

Palabras del maestro Isaías Peña Gutiérrez

El TEUC o la literatura sin márgenes ni centros obligados

No por celebrar ya el trigésimo año de fundación del TEUC, voy a ser prolijo. Quizás, en otra oportunidad, dejaré por escrito mis testimonios sobre una memoria que comienza a desvanecerse. Ahora, solamente, quiero expresar mis renovados y sinceros agradecimientos a quienes en la Universidad Central me permitieron llegar a las metas alcanzadas hasta este momento. Y no me refiero a simples términos de protocolo, sino a que sin la libertad que siempre he tenido en la Universidad Central, no hubiera alcanzado dichas metas. Me refiero, de manera sucinta y especial, a lo siguiente:

Cuando ingresé como profesor a la universidad colombiana, al final de la década del sesenta, entró en vigencia y con furor el concepto de metodología. Se convirtió en una asignatura. Y con él ingresó el concepto de “marco teórico”. Aunque alcancé a estudiarlos y a asimilarlos, luego, por razones que apenas intuyo –tal vez por mi procedencia campesina y mi vocación por las ciencias de la naturaleza–, sin rechazarlos y sin excluirlos, me alejé de ellos y seguí pensando que **observar, relacionar, clasificar y ponderar** el objeto de estudio podía ser el mejor camino para la enseñanza, el aprendizaje y la investigación. E invertí el proceso. Solamente si la observación y el análisis de las relaciones entre las partes del objeto mis-

mo no me dejaban avanzar en el conocimiento, recurría a las bibliografías anteriores, a lo ya pensado y decidido por otros autores. Mientras tanto, mis indicaciones en clase fueron las de eliminar las bibliografías –salvo la básica– y los marcos teóricos. Y para garantizar mi ruta, buscaba objetos de estudio donde no existieran esas bibliografías; es decir, objetos muy nuevos: una novela colombiana reciente, por ejemplo. Y allá, pienso, comenzó conceptualmente el Taller de Escritores. Por supuesto, sin entrar en polémicas vanas, porque todos podemos tener la razón, aunque la verdad siempre se nos escape. Lo que me interesaba –hoy lo veo con mayor claridad–, era que el estudiante pensara, siquiera un momento, frente al objeto de estudio antes de enfrentarse a la “biblia” que se lo explicaba todo, que lo encarcelaría en el marco teórico, y que lo obligaría a sentirse, primero, como esclavo y, luego, si quedaba tiempo, ya cansado y envejecido de estudiar las infinitas bibliografías, a llegar a unas conclusiones que podrían haberse ocurrido mucho antes que el otro investigador que no tuvo las obligaciones del marco y sí todo el tiempo para pensar en el objeto de estudio de manera directa, sin interferencias. ¿Cómo invento yo, si primero me obligan a pensar que eso ya está inventado? Pensar de esa manera –sin complejos, sin miedos, sin criterios

Isaías Peña Gutiérrez, director del Departamento de Humanidades y Letras de la Universidad Central.

Tomada del archivo fotográfico del Departamento de Comunicación y Publicaciones de la Universidad Central.



de autoridad, sin esclavismos, sin biblias (en el mejor sentido de la expresión), con la esperanza de encontrar algo nuevo en la soledad y en la libertad de cada quien—, fue mi propuesta en medio de tantos marcos teóricos (inventados, repito, por quienes habían investigado sin dichos marcos).

Los años posteriores a la década de 1970, se prestaron para continuar mi experiencia porque nacieron nuevas visiones del mundo, nuevos sistemas y nuevas tecnologías. Alguna vez, le dije a uno de mis egresados del Taller, interesado en el concepto de hipertexto que se avecinaba, “no te pongas a averiguar qué han hecho sobre eso por fuera, que ya estamos todos al mismo nivel de conocimiento sobre ese tema, y mientras averiguas lo de ellos, dejarás de hacer lo tuyo, y volveremos a quedar en la cola buscando bibliografías. Date el derecho de pensar antes que los otros”.

Creo que eso fue básico en los comienzos y posterior desarrollo del Taller de Escritores. Con humildes observaciones, clasificando a nuestra manera, proponiendo valores nuevos, dándonos el tiempo y el derecho a pensar; a reflexionar sin tantas muletas, nos fuimos metiendo en el mundo de la investigación y de la creación, que ya para entonces se confundían en un solo haz. Para sintetizar, advertimos que todo nos llegaba empacado y que los verbos pensar, imaginar, relacionar, comparar, ponderar, aventurar, nos los estaban borrando del diccionario de la creación, de la invención.

Quiero decir; sin embargo, que nada de lo que yo proponía era nuevo. Lo importante era escapar —así fuéramos unos pocos— a la moda imperante del “marco teórico” que, como mínimo, neutralizó, para no decir que castró, a tantos creadores e investigadores. Y la Universidad Central me dio la libertad de experimentarlo así hasta estos días. Ese pensamiento explica los cambios permanentes en los formatos del Taller, de sus temarios, de sus programas, de su periodicidad, de sus objetos de estudio, de sus clasificaciones, de su pedagogía, de sus valores. Cada noche (el Taller siempre ha sido, con las excepciones que exigen los experimentos, nocturno) encontramos caminos

desconocidos. Acudimos a la luz, sin olvidar que la oscuridad ofrece especiales secretos. Sabiendo quiénes son los otros, los olvidamos para ser nosotros mismos (si es que eso es posible). Sabiendo que la realidad existe, volvimos a inventarla para que, posiblemente, fuera más nuestra o más ajena, pero no la misma. Así encontramos una mayor independencia en la creación: sin centros de poder, sin complejos frente a los demás habitantes de la tierra, para que la igualdad asuma sus responsabilidades.

Bajo este viejo esquema librepensador —por decirlo de alguna manera—, sin molestar a nadie, sin excluir a nadie, durante estos treinta años: 1. Conseguimos preparar para la vida literaria a algo cercano al millar de personas, entre quienes, algunos, se han destacado a nacional e internacionalmente como escritores, otros han pasado a cubrir disciplinas afines a la literatura y a la administración cultural, y todos ingresaron al cotidiano imaginario de la literatura sin márgenes ni centros obligados de poder; 2. En el proceso pedagógico que seguí, se fueron formando profesores hoy integrados a la Universidad Central, y entre sus egresados surgieron los nuevos directores de talleres de escritores que comenzaron a llenar ese vacío en Bogotá y sus periferias; 3. Dimos inicio con el Ministerio de Cultura, a comienzos de la primera década del siglo XXI, a la Red Nacional de Talleres de Creación Literaria (hoy con nombre diferente), y cuya naturaleza y funciones todavía podrían ser recreadas; 4. En la última década, bajo la sabia rectoría del doctor Guillermo Páramo Rocha y su equipo académico-administrativo, el Taller de Escritores llegó a su más afortunada consolidación, pues el rector no solamente permitió, sino que jalonó la creación de las derivaciones académicas que le permitirían al Taller transformarse, sin dejar de existir; y así fue como del Taller de Escritores se derivaron, en 2008, la Especialización en Creación Narrativa, y en 2010, el pregrado de Creación Literaria; 5. Y sin el campo abierto, proterico y comprometedor del trabajo experimental durante estos felices treinta años, no hubiera llegado a la edición provisional del libro donde trato de clasificar las etapas simbióticas que observé, analicé y clasifiqué en los procesos narra-

Yo mismo, de otro lado, sigo preocupado por encontrar –ilusa intención– la verdad del proceso de la creación literaria

tivos, libro que llamé, definitivamente, *El universo de la creación narrativa*, publicado a finales del año pasado en Ediciones El Huaco, un sello entre fantasma y fantástico que fundamos con mi esposa por allá en 1973.

Ese es el balance de los treinta años del Taller de Escritores, con un ingrediente positivo: es más un comienzo que un final.

Pero no quiero terminar sin aludir a lo siguiente:

Hace algún tiempo escuché por interpuesta persona que uno de los egresados del Taller de Escritores comentaba que lo más importante de su paso por el mismo no había sido lo que había aprendido de técnicas literarias, sino los valores de su contexto. Nunca he sabido si con ello me criticaba, o me elogiaba. Y ajeno a esa subjetividad, debo decir que, en efecto, el Taller ha sido un crisol o un mortero donde se funden y fusionan muchas cosas más que las simples técnicas literarias, porque allí se viven las múltiples dimensiones del mundo que reflejan las distintas épocas literarias del hombre, y allí he comentado, sin ínfulas mesiánicas, ni ardides proselitistas, los valores –si así se siguen llamando– que me parece ver desaparecer en el mundo contemporáneo, entre ellos uno que siempre he querido desarrollar en algún texto escrito, complejo por sus relaciones con otros del mismo tenor, como la caridad, la generosidad o la tolerancia. Me refiero al concepto de bondad. La bondad tiende a desaparecer o a transformarse en otras conductas contrarias, sin que me esté refiriendo a la maldad. Pero, también, se aprende en el

Taller un concepto digno de humildad; trato de enseñar con mi ejemplo la alegría por el triunfo ajeno, tan difícil entre los artistas; el respeto por la escritura como un hecho universal que, a pesar de la comercialización, debe permanecer intacta como arte humano; el derecho de vivir informados y en contacto, sin índices, ni cultos, ni fobias, excluyentes, con la literatura y las artes del mundo; la capacidad de poder abducir al supuesto contrario, a los parricidas, a los cuervos malcriados; es decir, el poder de zanjar, sin el uso de ningún arma material, las diferencias que caracterizan a los seres humanos y sin las cuales seríamos una cómoda manada de robots. La literatura y el arte nos permitirían cumplir sin reticencias aquel mandamiento que ni las constituciones, ni los mandatarios, ni los individuos, ni las religiones, ni las ideologías, han logrado respetar: no le quitarás la vida a tu prójimo. Estas cosas, en mayor o en menor medida, se han vivido en el TEUC, porque eso es la creación literaria, no sólo técnicas literarias.

¿Qué viene ahora? El maestro Guillermo Páramo Rocha, quien siempre mira por dónde va y, al mismo tiempo, avizora las fronteras, ha propuesto pensar en la meta máxima de un posgrado; es decir, en el doctorado. Por eso, desde este año Creación Literaria comenzó a contar con la colaboración del gran narrador colombiano, Roberto Burgos Cantor. Con el equipo de profesores que nos ha acompañado hasta el momento y con los egresados convertidos en nuevos profesores, trataremos de seguir sus huellas que, aunque difíciles de alcanzar, siempre serán nuestro reto.

Yo mismo, de otro lado, sigo preocupado por encontrar –ilusa intención– la verdad del proceso de la creación literaria. Digo que hay mucho tic, mucho slogan, mucho estereotipo, mucho fetichismo, mucha explicación a tres bandas de esa verdad. Me parece que los mecanismos de la creación artística no pueden estar más allá de la ciencia, como los mecanismos de la intuición literaria no pueden estar tan lejos de la ciencia. Por eso, mi máxima preocupación, al lado del Taller de Escritores que nos marcó el camino, será, mientras pueda hacerlo –desde lo institucional y personal–, el crecimiento y

la consolidación académica de los programas del pregrado de Creación Literaria, única carrera –como está concebida– en Colombia y el continente.

A quienes pude haber molestado en algún momento con mis opiniones o con mi conducta en estos treinta años, les ofrezco mis disculpas, con seguridad que jamás lo hice a propósito; y a quienes siempre me han acompañado en el Departamento de Humanidades y Letras –que como van las cosas, podría llamarse, tarde que temprano, Departamento de Creación Litera-

ria–, al profesorado, a sus secretarias, en fin, a toda la Universidad Central, a todos los egresados, al Ministerio de Cultura, con el cual desde hace más de una década venimos enriqueciéndonos recíprocamente y con el que, seguramente, abriremos un nuevo programa el año entrante, a la ciudadanía que nos acompaña en nuestros programas de extensión como Noche de Narradores, a todos, sin que se escape nadie, MILY MIL GRACIAS. MUCHAS GRACIAS.

Bogotá, D. C., 8 de noviembre de 2011. ■

Presencia de un oficio:

del TEUC (1980-2011)

del 3 al 12 de noviembre

escritor Isaías Peña Gutiérrez, fue

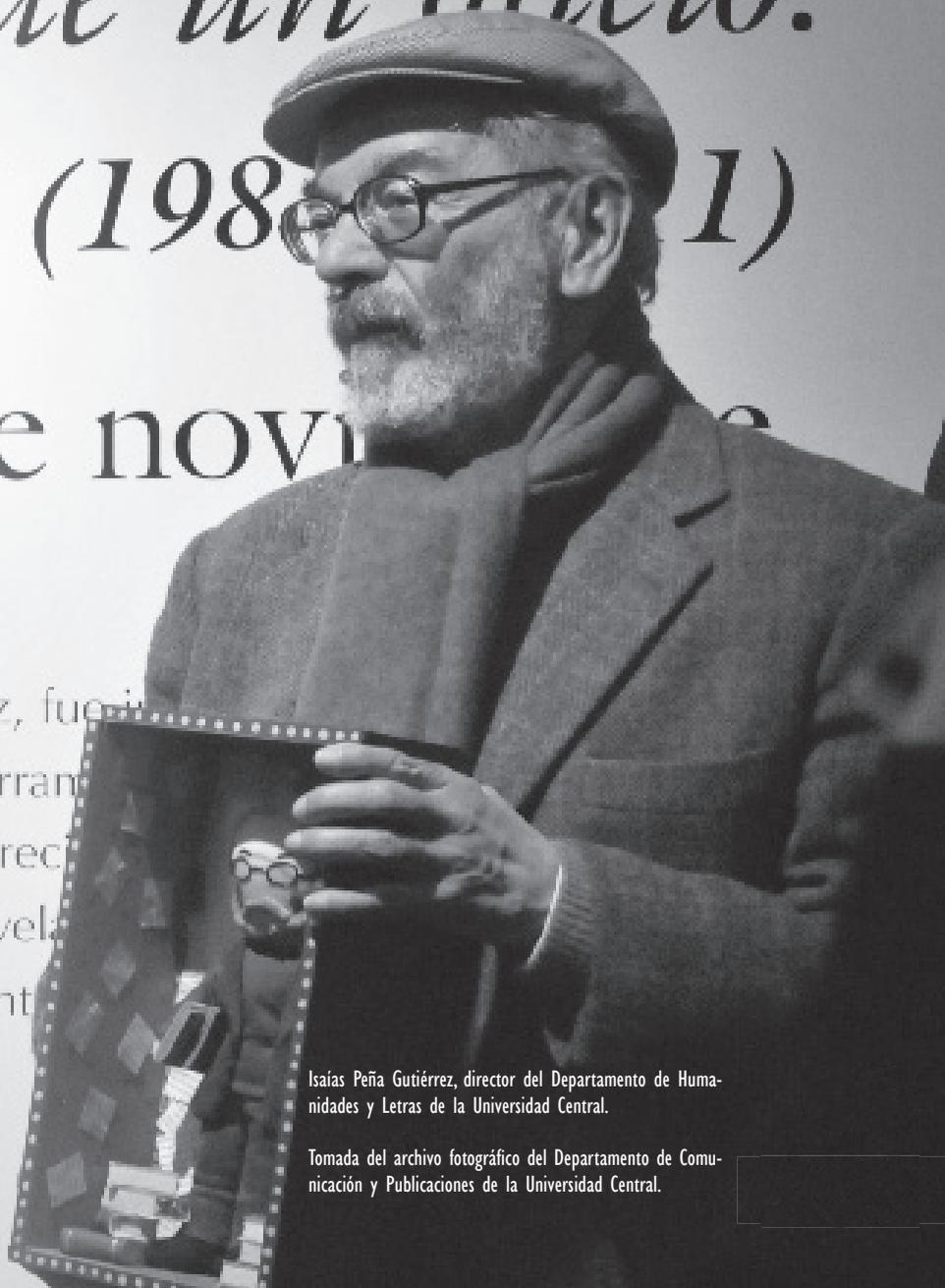
iano, Pedro Gómez Valderrama

900 escritores y, se han rec

concursos de cuento, novela

s regionales, nacionales e int

ea Vergara G.



Isaías Peña Gutiérrez, director del Departamento de Humanidades y Letras de la Universidad Central.

Tomada del archivo fotográfico del Departamento de Comunicación y Publicaciones de la Universidad Central.